

# Azúcar/Poder/Texto

EL 24 DE ENERO DE 1792, EN MADRID, FRANCISCO DE Arango y Parreño firmaba un texto notable. Me refiero a su conocido «Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla», cuya importancia suelen destacar los científicos sociales y aun los historiadores de la literatura, quienes ven en su prosa clara y precisa una voluntad de estilo. Es curioso observar, sin embargo, que no se trata del primer texto pro azucarero de Arango; tampoco puede decirse que aquí su prosa se diferencia de la de otros escritos anteriores. Quiero decir con esto que esa importancia del «Discurso», la cual todos suscribimos, debe ser buscada fuera del contenido y la forma del texto. En efecto, enseguida caemos en la cuenta de que la jerarquía que le damos al «Discurso» emana del momento crucial en que fue redactado: la insurrección de los esclavos de Saint-Domingue con la consiguiente destrucción de la base azucarera de la más rica de las colonias francesas. Fue la oportunidad de este texto con relación a un evento que podría no haber ocurrido, o haber ocurrido más temprano o más tarde, o de haber ocurrido haberlo hecho de una manera no excepcional —recuérdese que esta insurrección de esclavos, que hoy conocemos como la Revolución Haitiana, es la única en la historia que obtuvo un triunfo definitivo— lo que hizo que fuera leído por la Corona española de un modo favorable a los objetivos de su autor. Como bien saben los historiadores del Caribe, la devastadora rebelión sirvió a Arango para reclamar medidas que beneficiaran a la manufactura azucarera de La Habana, de modo que ésta pudiera llenar el enorme vacío de azúcar que, de repente, se presentaba en el mercado mundial. En su petición, sin embargo, Arango miraba mucho más allá de los sucesos de Saint-Domingue:

Hoy, en más feliz situación, por el funesto incremento que han tenido las desgracias del vecino, vendemos nuestros azúcares a un precio ventajosísimo; pero mañana ¿qué habrá? (...) Ahora bien; si en nada sobrepujamos la industria de nuestros rivales (...) ¿cómo podremos dar

*Antonio Benítez Rojo*

salida a nuestro sobrante luego que se llene el vacío que hoy tenemos, por la desgracia del Guarico? ¿De qué manera podremos sostener la concurrencia en el mercado extranjero? (...) La misma ventaja que hoy logramos en la venta de los azúcares puede sernos muy funesta, si no la sabemos aprovechar. Ya he dicho y repito que si se quiere fomentar este ramo, es menester que obremos como si estuviésemos en los tiempos anteriores a la insurrección (...), para que, cuando vuelvan, no nos encontremos en el triste caso en que estábamos<sup>1</sup>.

Es evidente que Arango pide privilegios azucareros de toda suerte no sólo para esos años de coyuntura, sino para el futuro, *para siempre*. Por otra parte, es bueno recordar que tales privilegios concernían sólo a La Habana. Su *nosotros* aludía a los hacendados habaneros, su grupo social (Arango era condeño de *La Ninfa*, el ingenio mayor de Cuba durante muchos años). Además, no es posible obviar el hecho de que el «Discurso» fuera firmado por él en calidad de Apoderado del Ayuntamiento de La Habana; esto es, su firma no era la de un hacendado habanero más, sino la de aquél autorizado por la Corona para representar a la ciudad y hablar por ella. Su «Discurso» surge de un principio de autoridad que Arango maneja hábilmente para favorecer al grupo a que pertenece. Cuando la Corona accedió a sus razones, legitimó las aspiraciones de poder de ese grupo.

Naturalmente, la hegemonía de la naciente oligarquía habanera, para perdurar, debía apoyarse en algo más sólido que el «Discurso». Esta conexión la proveía la creciente demanda mundial de azúcar a partir del siglo XVII; ya en tiempos de Arango, ésta impulsaba —y era impulsada por— la Revolución Industrial<sup>2</sup>. Entonces no había mercancía más poderosa que el azúcar, de ahí que el «Discurso» pueda tomarse también como el texto que conectó a La Habana con el poder<sup>3</sup>.

#### «HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE»

Si bien es cierto que en la búsqueda de textos que establezcan la hegemonía azucarera de La Habana podemos ir treinta años antes —cuando Arrate escribe *Llave del Nuevo Mundo*, o un año después, donde hallamos el voluminoso legajo comercial dejado por la ocupación inglesa (1762)— es con el «Discurso» que se norman y legalizan, «hasta que la muerte nos separe», los esponsales de la ciudad y el ingenio. El privilegio que tuvo Arango de manipular la situación de Saint-Domingue contribuyó a que el discurso económico habanero sólo encontrara su significación mayor en el ámbito del azúcar. Esto, naturalmente, definió en gran medida el proceso de transformación de las estructuras de índole demográfica, política, social y cultural de la Isla; pero, además, estableció las bases para que, entre los discursos concurrentes, el único que pudiera manifestarse como metadiscurso fuera el azucarero<sup>4</sup>.

No obstante, tomar a Arango o a su «Discurso» como puntos que representen un origen sería un error de apreciación. Lo importante aquí no es Arango en tanto que *autor* ni el «Discurso» en tanto que *obra*; lo verdaderamente crucial

reside en el hecho de que hacia los finales del setecientos existían en Cuba condiciones geográficas y socioeconómicas que hacían posible el surgimiento de una economía de plantación en la parte occidental de la Isla. En realidad, la obra de Arango ya estaba *allí*, fuera de Arango; esto en el sentido de que no es él quien estrictamente la precede. El papel de Arango consistió en manipular este discurso de plantación en términos exclusivos de azúcar; piénsese que podía haberlo hecho en términos de una diversificación agrícola, digamos azúcar, café, tabaco, añil, cacao, arroz, algodón, cuero, madera, etc. La función de Arango es afín a la del editor. Consiste en incluir, excluir, comentar, subrayar aquello que es contenido de discurso. Ahora bien, el hecho de ser el primero que manipulara en Cuba la nueva situación creada en Saint-Domingue, le permitió definir a largo plazo el discurso económico cubano. Quiero decir con esto que al conocer y sancionar la Corona el texto de Arango, quedaban establecidos los principios para el desarrollo de dos hegemonías que, lejos de excluirse, se complementaban: la de La Habana y la del azúcar. Así, el «Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla» puede leerse como un mito de fundación que se erige como panoplia o escudo de armas para legitimar de modo excluyente tanto el ingenio como la ciudad portuaria donde éste nació.

Podría pensarse que el rol que le confiero a Arango de «primer manipulador» de la economía isleña no basta para explicar la dictadura del ingenio en el acontecer cubano. En efecto, esta duda o sospecha no sólo tiene razón de ser sino que está bien fundada. La vigencia del texto de Arango no sólo estuvo condicionada a la continuidad de la demanda mundial de azúcar, sino, además, a la repetición de las estructuras económicas, sociales y políticas propias de la plantación. Concretamente, ¿qué se repitió? En primer lugar, la territorialización geográfica y el crecimiento tecnológico del ingenio, la monoproducción, la dependencia comercial a los mercados extranjeros y la importación, contratación o movilización de mano de obra barata que garantizara bajos costos de producción (esclavos africanos, culíes chinos, haitianos y jamaicanos en la primera mitad del siglo xx, y las llamadas «brigadas de trabajo voluntario» en la Cuba de Fidel Castro). En lo que toca a la sociedad, se repitió la situación de discriminación y violencia racial contra la población no blanca, particularmente la de orígenes africanos. Finalmente, en lo que concierne a la política, se repitieron los gobiernos autoritarios comprometidos a salvaguardar el statu quo socioeconómico a través de la represión policial, la corrupción político-administrativa y la alianza comercial, financiera y militar con las potencias importadoras de azúcar y con intereses en la Isla (primero España, después Estados Unidos, y finalmente la Unión Soviética).

En general, estos factores se repitieron de una u otra forma en la Cuba colonial, en la Cuba republicana y en la Cuba socialista. Sólo después de 1990, cuando el gobierno se vio forzado a abandonar varias trincheras al «enemigo» capitalista, puede hablarse de cambios en ciertas estructuras. No obstante, si bien es cierto que en la Cuba actual la máquina azucarera agoniza de

decrepitud y su poder es transferido urgentemente a la industria turística, las raíces de la vieja estructura política aún perduran. En cualquier caso, no es lo mismo una plantación de caña de azúcar que una plantación de hoteles; ésta exige estructuras más abiertas. Así, para que la industria del turismo se desarrolle verdaderamente, se requieren profundos cambios estructurales en los cuatro mapas de la Isla: el político, el económico, el social y el cultural.

### AZÚCAR E IDENTIDAD

Los primeros textos que se resistieron al discurso del ingenio fueron de naturaleza jurídico-económica. Es precisamente entre ellos donde hallamos también las primeras formulaciones de una identidad protonacional. Esto es así porque fue la temible y veloz marcha del ingenio, junto a los privilegios casi ilimitados que disfrutaban los negocios del azúcar y de la trata de esclavos, lo que empezó a generar en las regiones no azucareras un fuerte resentimiento hacia la oligarquía de comerciantes y hacendados. Fue sobre este resentimiento, planteado en términos de «aquí todos somos cubanos», que comenzó a construirse la nación. Veamos, por ejemplo, el informe de Ignacio Zarragoitia y Jáuregui, firmado en Puerto Príncipe (hoy Camagüey) el 5 de marzo de 1805 y dirigido al Real Consulado de La Habana:

El pueblo de la isla de Cuba no está representado por, ni lo constituyen los vecindarios de La Habana, [Santiago de] Cuba, Trinidad o Matanzas. El pueblo de Cuba es compuesto de todos sus habitantes, y este mismo pueblo compuesto de todos sus habitantes no debe formar sino una sola familia, y entre los miembros de esta sola familia es que se deben distribuir los bienes y los males, sin distinción ni privilegios<sup>5</sup>.

Nótese que las ciudades a que Zarragoitia hace referencia son enclaves azucareros. Es cierto que la importancia del ingenio en Santiago de Cuba no era grande si se compara con la que éste tenía entonces en La Habana, Matanzas y Trinidad. Pero aun así, por su condición de puerto, se trataba de la ciudad más azucarera y esclavista del este de la Isla. También hay que tener presente que Zarragoitia habla a nombre del Ayuntamiento de Puerto Príncipe, ciudad que ejerce su influencia en una dilatada región ganadera y cuya historia la define de una manera muy distinta, por no decir opuesta, a La Habana. Enriquecida desde muy temprano gracias a un activo comercio de contrabando de cueros y tasajo con los mercaderes de las potencias rivales de España, la región creció al margen del control de los monopolios peninsulares y el poder de la oligarquía plantadora. Al no depender del azúcar, su modalidad de esclavitud era menos represiva que la de occidente, y la proporción de esclavos con relación al total de la población era considerablemente menor. Este cuadro socioeconómico explica por qué Puerto Príncipe era considerado por el gobierno de La Habana como el primer foco cubano de rebeldía.

Un texto todavía anterior al de Zarragoitia que veo erigirse en muestra de resistencia esclavista-azucarera es la apelación a la Corona que Simón de Echenique, apoderado de los *cobreros* en Madrid, hace con fecha 12 de marzo de 1793. A manera de antecedente debo aclarar que estos eran descendientes de indios y esclavos africanos que, desde comienzos del siglo xvii, trabajaban las minas de cobre de Santiago del Prado (hoy El Cobre), en la región oriental de la isla. Al suspenderse las labores hacia 1670, la Corona confiscó las minas y los esclavos pasaron a ser «esclavos del Rey». Con el tiempo, se organizarían en comunidad (*pueblo*), viviendo de la labranza de las tierras del lugar como si fueran súbditos libres y rindiendo culto a la Virgen de la Caridad, que eventualmente sería reconocida como patrona de Cuba y símbolo de la patria<sup>6</sup>. Un siglo después, cuando se vio la conveniencia de abrir de nuevo las minas para atender las necesidades de cobre que demandaba la manufactura azucarera, dos poderosas familias alegaron derechos de propiedad sobre las tierras y esclavos, logrando que el Consejo de Indias los reconociera. Esta situación implicaba la esclavitud de más de mil descendientes de los antiguos esclavos de las minas. Como consecuencia, una parte de ellos fue vendida en distintos lugares de la Isla, otra decidió vivir en las sierras, en rebeldía, mientras que otra acudía a la ley para lograr una anulación del fallo. El texto de Echenique que cito es uno de los documentos más notables del expediente legal:

El hombre nace libre naturalmente y entrando en sociedad se modifica y convierte su natural libertad en civil, sujeta al Soberano y a las Leyes. Es principio de derecho que el hombre se presume naturalmente libre siempre que no se pruebe lo contrario, porque la esclavitud es contra la ley natural. Si el hombre individualmente se presume libre, con mucho más razón se deberá presumir una villa, comunidad, cuerpo político o municipalidad compuesta de muchos que se gobiernan por sí y forman, en el Estado, una sociedad civil (...) La población de Santiago del Cobre [*sic.*] se componía, pues, de individuos libres: tenían casas, terrenos, ganados; tenían templo donde concurrían a oír la palabra de Dios; formaban parroquia; pagaban sus diezmos; estaban reunidos en cuerpo municipal; se gobernaban por sí. En una palabra: además de su libertad civil como vasallos gozaban también de la política. En este concepto no se les pudo, ni ha podido sin la mayor injusticia y violencia, despojarlos de su libertad<sup>7</sup>.

Finalmente, en el año 1800, el proceso se resolvió a favor de los *cobreros*. Es curioso que una de las razones de más peso para esta solución fuera que, dada la proximidad de Saint-Domingue, era peligroso no satisfacer sus demandas, ya que podían, en caso de invasión, reunirse a los enemigos y servirles de prácticos y espías.

Así, mientras la Revolución Haitiana propiciaba en el occidente de la Isla la introducción acelerada de esclavos, en el oriente contribuía a la anulación del fallo del Consejo de Indias, disponiéndose la libertad de los descendientes de los esclavos primitivos, sin diferencia de oficio, edad y sexo.

**AZÚCAR:  
PODER Y RESISTENCIA**

¿Cómo imagino el poder del azúcar? ¿Cuáles son sus puntos débiles? Para empezar, imagino el complejo azucarero como una figura, un ensamblaje de máquinas, tubos, ruedas dentadas, ejes, calderas, válvulas reguladoras y aparatos, todo muy semejante a lo que vemos en los diagramas fabriles del siglo XIX. Esta figura o parque tecnológico es eficaz gracias a las conexiones que unifican el sistema. Basta disminuir el flujo de energía —poder— en cualquiera de los escalones de producción, para que se afecte el ritmo óptimo de esta gran máquina de máquinas. En la época que observamos, la figura azucarera estaba trazada más o menos de la siguiente manera: Corona española, Gobierno colonial de Cuba, prestamistas y tratantes de esclavos (mayormente españoles), hacendados (mayormente criollos), y esclavos. Esto, naturalmente, es una reducción extrema de la complejidad de la figura, al punto que la he presentado en términos de una escalera de poder. En todo caso, lo que me interesa aquí es convenir en la idea de que toda resistencia ejercida en cualquiera de las conexiones afecta necesariamente a toda la gran máquina. En los años que examinamos, las conexiones críticas la representaban los tratantes de esclavos. Eran ellos los que suministraban la energía humana que movía las ruedas de la máquina-plantación. De ahí el lema «Sin esclavos no hay azúcar», acuñado por la propaganda antiabolucionista.

La estrecha relación de dependencia mutua que ligaba a los factores que acabo de exponer, se observa aun en fecha tan tardía como 1873. Ese año, en el cual los camagüeyanos lloraban la muerte en combate del prócer Ignacio Agramonte y el fusilamiento del general Bernabé Varona, las familias de la oligarquía azucarera desfilaron por las calles de La Habana en sus suntuosos carruajes, celebrando junto con el carnaval una zafra récord de 772.068 toneladas, que representaba el 42% del azúcar de caña producida en todo el mundo. Ese mismo año, al ser entrevistado el poderoso negrero y hacendado español Julián de Zulueta por el *Times* de Londres, afirmaba que la esclavitud africana en Cuba continuaría «tan segura como siempre lo había estado» bajo el nuevo gobierno republicano de Castelar, ya que «no había persona que tomara el poder en Madrid que no tuviera su precio»<sup>8</sup>. Hay que considerar que tres años antes el dinero de la oligarquía habanera y los comerciantes españoles había financiado la subida al trono de Amadeo de Saboya con la condición de que no liquidara la esclavitud. En lo que toca al gobierno de Cuba, la influencia de Zulueta en La Habana era tal, que el corresponsal del *Times* afirma que el gobernador lo consultaba siempre antes de tomar cualquier decisión. Pienso que con lo ocurrido en esos años queda clara la interrelación que existía entre los diversos escalones de poder que constituían la gran máquina azucarera.

Aquí, sin embargo, no nos interesa comentar el alud de textos vinculados al poder del ingenio, sino únicamente las muestras de resistencia dentro del discurso de la *intelligentsia*.

**VARELA Y HEREDIA,  
PRECURSORES**

En 1834 George Ticknor escribía a Domingo del Monte:

He sido sorprendido, desde que comencé a leer la *Revista Bimestre Cubana*, por la intensa capacidad literaria y cúmulo de éxitos de su Isla. Nada que pueda serle siquiera comparado, que yo sepa, ha sido nunca presentado en ninguna de las colonias españolas, y hasta en algunos respectos, nada semejante se ha visto en España. Jamás ha sido intentada en Madrid una revista de tanto ingenio, variedad y fuerza<sup>9</sup>.

¿Qué había ocurrido? —se preguntaría Ticknor— para que de repente estallara en Cuba esa «intensa actividad literaria»? Quizás el mismo Del Monte no habría podido responder tal pregunta de una manera aceptable; quizás viera esta súbita actividad literaria como una expresión de su voluntad, es decir, como el fruto de su talento organizativo y su decisión de articular un movimiento literario que respondiera a las diferencias que percibía en la sociedad de su tiempo. Hoy, claro está, tal pregunta sería respondida con menos decisión, con más cautela. Al igual que Arango en la época de su «Discurso», Del Monte era, en la década de 1830, uno de los tantos intelectuales formados por la confluencia de varios discursos. Lo importante hoy ya no serían estos intelectuales, digamos gente como Félix Varela, José María Heredia, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Gaspar Betancourt Cisneros (*El Lugareño*), José Antonio Echeverría, Félix Tanco, Ramón de Palma, Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez y Romero, Juan Francisco Manzano, Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*), José Jacinto Milanés, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Felipe Poey, Esteban Pichardo, Manuel Saumell, y otros muchos. Lo importante sería —como vimos en el caso de Arango— constatar que en la década de 1830 existían en la Isla condiciones sociales y culturales que posibilitaban la manifestación de ciertos discursos que hoy, al estudiarlos en su conjunto, los vemos definir el surgimiento de lo cubano dentro de un espacio de resistencia al poder de la gran figura azucarera. Los intelectuales que he nombrado, desde el filósofo Varela hasta el músico Saumell, se insertaron en éste con sus obras y fueron en muchos respectos los primeros manipuladores de lo cubano en la poesía, la novela, el ensayo, el teatro, la crítica literaria, las ciencias sociales, la educación, las ciencias naturales, la lexicografía, la geografía, y la música.

Ahora bien, durante los años 30 del siglo XIX la sociedad cubana debe verse como un escenario de agudos conflictos. De momento sólo reparo en uno de ellos, sin duda el más crítico y formidable de entonces. Se suele expresar en signos aritméticos, pero hay que convenir en que esto supone una reducción pragmática, fría, simplificadora. Según los censos oficiales de los siglos XVIII y XIX, la población de Cuba podía dividirse de la manera que sigue:

AÑO	ESCLAVOS (%)	LIBERTOS (%)	BLANCOS (%)
1774	25.8	17.9	56.2
1792	31.6	19.7	48.7
1817	36.0	20.6	43.4
1827	40.7	15.1	44.2
1841	43.3	15.2	41.5

Claro, este lenguaje estadístico no comunica sentimientos; se limita a representar proporciones demográficas y sociales que evidencian el proceso de territorialización del ingenio y el consecuente aumento del número de esclavos. Surge la pregunta: ¿cómo arreglar estas cifras divididas por el azúcar y el color de la piel?

La respuesta radical era, por supuesto, liquidar la esclavitud y el coloniaje español. La independencia había sido la meta de una serie de débiles conspiraciones durante las dos primeras décadas del siglo XIX, todas concebidas con la ayuda política y militar de países extranjeros (Haití, Colombia o México). Pero estos intentos habían fracasado rotundamente. En lo que toca al discurso de resistencia, contamos con la *Memoria sobre la esclavitud*, de Félix Varela, incluyendo su apéndice «Proyecto de decreto sobre la abolición de la esclavitud en la isla de Cuba y sobre los medios de evitar los daños que pueden ocasionarse a la población blanca y a la agricultura» (1822). También de Varela, tenemos un *Proyecto de instrucción para el gobierno económico político de las provincias de Ultramar* (1823), que busca para Cuba una forma de autonomía bajo España y, sobre todo, sus artículos del exilio publicados en *El Habanero* (1824-1825), en los cuales se manifiesta ya como separatista.

Los americanos nacen con el amor a la independencia. He aquí una verdad evidente. Aun los que por intereses personales se envilecen con una baja adulación al poder, en un momento de descuido abren el pecho y se lee: INDEPENDENCIA (...) Desgraciadamente, aun entre los mismos que desean la independencia de la isla de Cuba, se ha esparcido hasta cierto punto la infundada opinión de que sólo puede efectuarse, o que por lo menos se efectuará con menores males, esperando la invasión por tropas extranjeras (...) Soy el primero que está contra toda unión de la Isla a ningún gobierno, y desearía verla tan isla en política como lo es en la naturaleza<sup>10</sup>.

Como se ve, Varela siempre se opuso a que la independencia de Cuba fuera obtenida a través de una invasión de tropas extranjeras.

Dentro de lo estrictamente literario, el sentimiento de independencia aparece con patriótica pasión en los versos del «Himno del desterrado», compuesto por José María Heredia en 1825, cuando al viajar de Nueva York a México divisa en el horizonte la altura del Pan de Matanzas. Dice el poeta en la última estrofa:

¡Cuba! al fin te verás libre y pura,  
 como el aire de luz que respiras,  
 cual las olas hiervientes que miras  
 de tus playas la arena besar.  
 Aunque viles traidores le sirvan,  
 del tirano es inútil la saña,  
 que no en balde entre Cuba y España  
 tiende inmenso sus olas el mar<sup>11</sup>.

Es incuestionable que estos textos constituyen muestras tempranas de lo Cubano en los medios del periodismo político y la poesía. Al mismo tiempo, dada su naturaleza separatista, pueden leerse como textos de resistencia a las instituciones coloniales, la plantación esclavista entre ellas. Pero, como sucede siempre con los orígenes, su legitimidad no resultó clara en aquel momento. Somos nosotros quienes la hemos reivindicado a través del discurso de la nacionalidad propio de nuestra época. Hay que comprender que estos textos, por haber sido escritos y publicados fuera de Cuba, no tuvieron un gran impacto en la opinión pública de la Isla; sus autores no sólo se hallaban en el exilio, sino que, por sus ideas, habían sido juzgados y sentenciados en ausencia; Varela a la pena capital, y Heredia al destierro.

#### EL TRÍO REFORMISTA

Debido al fracaso de las conspiraciones y a la bonanza económica, la idea de la independencia era casi impensable en La Habana de 1830. Beneficiada primero por el tabaco y después por el azúcar y el café, y conseguida ya la libertad de comercio, la ciudad era uno de los puertos más activos de América. Visitada ya por el turismo internacional, consumía hielo importado de Estados Unidos, cerveza inglesa, jamones de Westfalia, vinos de España, óperas de Italia y modas de París. Las especulaciones, los pleitos jurídicos, el juego y el derroche, hacían y deshacían fortunas de la noche a la mañana. Muy distintas eran las cosas en las nuevas naciones de la América Latina, empobrecidas hasta la miseria y desgarradas por la anarquía política. En España los asuntos no iban mejor. Tras el reinado funesto de Fernando VII, el país se hallaba en una crisis general que iba desde la ruina económica hasta la guerra civil. Al tener a la vista lo que ocurría en el mundo hispánico, no era fácil para el habanero blanco y racista darle calor a la idea de una independencia que sólo podía obtenerse liberando a los esclavos y que lo único que parecía garantizar era un desastre en toda la línea.

No obstante, había un grupo de jóvenes intelectuales relacionados con Varela y Heredia a quienes inquietaba el número creciente de esclavos. Veían varias razones para ello. En primer lugar, podía ocurrir una rebelión masiva imposible de reprimir, en cuyo caso Cuba correría la suerte de Saint-Domingue; o bien, en presencia de la insurrección, el país podía caer en manos de los esclavistas norteamericanos o de los abolicionistas ingleses, convirtiéndose en

un estado sureño más de la Unión o en una república africanizada bajo el control de Inglaterra. En el mejor de los casos, aun cuando tal rebelión no sucediera, el sostenido aumento del número de esclavos impediría que Cuba alcanzara el nivel técnico y la prosperidad industrial a que habían llegado ciertas naciones de Europa y el nordeste de Estados Unidos. De esta suerte, la Isla, en la medida que incrementaba su población esclava, limitaba un destino que a Arango le había parecido posible: hacer de Cuba la Albión del Caribe.

Aunque generalmente con esto se da por explicada la inquietud de este grupo de intelectuales, pienso que su conflicto era más complejo. Creo que hacia esta época La Habana más ilustrada cobró conciencia de su adicción a la esclavitud; es decir, percibió el deseo de poseer esclavos como algo prohibido, digamos, una aberración sexual cuya larga práctica ya la hacía imprescindible a la vez que moralmente imperdonable. Es cierto que la oligarquía plantadora había logrado alejar a la Iglesia del ingenio, y éste quedaba fuera de los límites del pecado y el perdón. Pero, al entrar el siglo XIX, un viento imprevisto comenzó a soplar desde Europa. Por una parte, el discurso romántico exhibía la injusticia de las tiranías y de las desigualdades sociales, las virtudes del «buen salvaje» y una pasión por la libertad. Bajo su espíritu se habían conducido las luchas independentistas de América Latina; por la otra, un abolicionismo de inspiración religiosa cobraba cuerpo en Inglaterra y, poco después, una fiebre de adecentamiento burgués entraba en el mundo con la era victoriana. Hoy, tal vez influidos por el espíritu de la globalización, pensamos que se trataba de exigencias inevitables del capitalismo industrial. Pero entonces no se hablaba de tal cosa, sino de deberes morales, cívicos y religiosos que el mundo civilizado debía ejercer para sí y para otros, y claro, uno de esos deberes era erradicar la esclavitud, residuo y resabio de los dudosos tiempos mercantilistas.

Atrapada en esta coyuntura, la oligarquía plantadora, demasiado reblandecida ya para liberar a sus esclavos, hacer la guerra a España y ascender al plano de burquesía nacional, busca refugio en el pasado; luce sus condecoraciones y títulos comprados a la Corona, y celebra banquetes y saraos de proporciones imperiales; su mirada se vuelve apocalíptica («después de mí, el diluvio»), como le suele ocurrir a las clases que ruedan en decadencia. De la iniciativa que la caracterizó en los años del «Discurso» de Arango, cae en manos de los comerciantes y prestamistas españoles, y ve con asombro y temor como su ruina se construye en el futuro cercano. En menos de dos generaciones su optimismo y su pujanza económica se ha transformado en deudas, en hipotecas, en traspaso de propiedades a gente como Julián de Zulueta. El único capital que posee son los cuerpos de los esclavos, y sólo le quedará chapalear dos o tres décadas en un cenagoso pesimismo.

El grupo ilustrado que radicaba en La Habana, sin embargo, veía las cosas de un modo un tanto menos pesimista. Las ideas de la Revolución Norteamericana, de la Revolución Francesa, de la Revolución Latinoamericana y, sobre todo, de la Revolución Industrial, los empujaban al inconformismo político, económico y social. Estas mismas ideas habían encontrado eco en España,

donde los liberales habían conseguido instaurar —si bien sólo por unos pocos años— la llamada Constitución de Cádiz (1812-1813, 1820-1823). Pero, claro, en Cuba estaba el problema de los esclavos y de los negros libres. ¿Quién garantizaba que al abolirse la esclavitud de golpe ambos grupos no se unieran y le hicieran la guerra a los blancos? En todo caso, en medio de su indiscutible racismo, estos hombres empezaron a pensarse como cubanos de una manera distinta a la de aquellos que no estaban dispuestos a liberar a sus esclavos. Para ellos, Cuba no debía ser una de las tantas islas-plantación del Caribe, donde nueve de cada diez habitantes eran negros desarraigados y violentados por la esclavitud; Cuba merecía otra suerte porque había surgido como *patria*. Ciertamente carecía de las fuerzas para gobernarse por sí sola, pero esto se conseguiría con el tiempo, a través de un extenso programa de educación y de un plan que eliminara gradualmente la esclavitud. Por el momento, lo más urgente era evitar que siguieran entrando negros al país; era un imperativo lograr el cumplimiento de los acuerdos con Inglaterra para suprimir la trata de esclavos. Los ingenios y los cañaverales no sufrirían de escasez de brazos, pues los esclavos que murieran serían reemplazados por colonos blancos traídos de Canarias, Galicia, incluso de Irlanda con tal que fueran católicos; se casarían con mujeres de color y Cuba se blanquearía paulatinamente gracias a continuos mestizajes. El ingenio saldría ganando a la larga, pues era sabido que el trabajador libre constituía en sí mismo una fuente de riqueza; además, los rendimientos agrícolas aumentarían y los costos bajarían, ya que a dichos colonos se les pagaría en azúcar del ingenio para el cual trabajarán. Tal era, en resumen, la solución que ofrecía este grupo para mejorar la situación de Cuba.

Con respecto al momento preciso en que esta política reformista se incorpora al discurso de resistencia a la plantación esclavista, pienso que es posible tomar como antecedente los números del *Mensajero Semanal* [*sic.*], fundado por Félix Varela y José Antonio Saco en Nueva York, y cuya publicación ocurre entre agosto de 1828 y enero de 1831. De los textos diversos publicados allí, tiene especial interés la polémica de Saco con el intelectual español Ramón de la Sagra, director del Jardín Botánico de La Habana, a propósito de la calidad poética de José María Heredia. Conducida a lo largo de 1829, pienso que la defensa de Saco pudiera constituir la primera serie de textos donde el discurso de la crítica literaria se incorpora al de resistencia.

En todo caso, no hay duda de que entre 1831 y 1844 el discurso literario cubano quedará completamente implementado gracias a la producción de una gran masa de textos de distintos géneros. La parte más importante de este discurso puede tomarse como la primera resistencia organizada a la plantación esclavista. Este período fundacional puede dividirse en dos etapas. Aquí solamente examinaremos la primera (1831-1834), que comienza cuando el grupo reformista adquiere en el seno de la comisión de literatura de la Sociedad Económica de Amigos del País, la dirección de la *Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba* (enseguida su título sería cambiado a *Revista Bimestre Cubana*). Los miembros más notables del grupo inicial son

José Antonio Saco —invitado a dirigir la *Revista*—, Domingo del Monte, José de la Luz y Caballero y, en cierta medida, el anciano Arango, quien en la década de 1820 había abandonado las filas más reaccionarias de la oligarquía habanera para pasarse con prudencia a las de los reformistas. Sin embargo, en esta ocasión la Corona no legitima sus opiniones de que ha llegado el momento de liquidar el tráfico de esclavos y de intentar el «blanqueamiento» de Cuba; así, puede decirse que, al vivir demasiado, tuvo la oportunidad de resistirse a su propio «Discurso».

#### SACO, EL HOMBRE DEL MOMENTO

En todo caso, el hombre del momento ya no es Arango, sino Saco. En efecto, bajo su nombre autorizado de director de la *Revista Bimestre Cubana* e investido del prestigio de la Sociedad Económica de Amigos del País, aparece publicado en 1832 su notable ensayo «Análisis por don José Antonio Saco de una obra sobre el Brasil, intitulada *Notices of Brazil in 1828 and 1829, by Rev. Walsh, Author of a Journey from Constantinople, etc.*». Se trataba de un golpe a fondo contra los tratantes de esclavos y prestamistas españoles, así como contra la vieja guardia de la oligarquía plantadora. No alcanzaba a ser un radical desafío abolicionista, pero colocaba en un espacio de debate público e institucional una cuestión que pocos querían discutir: la supresión total del comercio de esclavos. Además, no sólo estaba orientado a frenar el incremento del número de esclavos, sino que también exponía las bases del programa reformista en lo que tocaba a una modernización en términos capitalistas de las relaciones de poder existentes en el ámbito del azúcar. No hay duda de que si la Corona hubiera actuado con mano firme en ese instante para suprimir el comercio de esclavos, la máquina azucarera se habría detenido y visto forzada a reorganizarse sobre nuevas ideas económicas y sociales.

No obstante, no se debe olvidar que las reformas que Saco propone parten del conflicto que caracterizó a todo su grupo: de un lado un profundo racismo, y del otro razones económicas y morales dictadas por la época de consolidación de la sociedad industrial. De ahí que la mayor parte del artículo de Saco se detenga a examinar el *peligro negro* a manera de premisa para establecer sus argumentos reformistas:

Hasta ahora solamente hemos considerado la fuerza numérica de la población de color que nos rodea. ¿Cuál no sería el cuadro que pudiéramos trazar, si considerásemos esta enorme masa sometida al influjo de causas políticas y morales, presentando al mundo un espectáculo desconocido en la historia de los tiempos? (...) El horrendo tráfico de carne humana prosigue a despecho de las leyes y hombres que quieren usurpar el título de patriotas cuando no son más que parricidas que inundan nuestro territorio de víctimas encadenadas (...) Si todos nuestros hacendados se pudieran penetrar de la importancia de esas ideas, entonces los veríamos dedicados a promover la introducción de hombres blancos, y a impedir la de africanos (...) Digan de nosotros lo que

quieran los egoístas, censúrennos los que se precian de discretos (...) Nosotros cedemos a consideraciones de un linaje muy elevado, y honrando la noble misión de escritores no nos cansaremos de repetir, que *salvemos a la patria, salvemos a la patria*.<sup>12</sup>

Nótese que Saco introduce en Cuba, de manera clara y consciente, la profesión de escritor. No conozco ningún texto anterior a éste en el cual un autor intente erigirse en conciencia crítica de la sociedad a título de ejercer la «noble misión de escritores». Esto es interesante por más de una razón. Pero aquí sólo quiero subrayar el hecho de que en 1832 el discurso intelectual cubano se manifestaba ya, con toda autoconciencia, como recinto de *poder legítimo*, y esto no porque un agente exógeno de prestigio le haya otorgado tal poder, sino porque éste emana del discurso mismo en tanto que *conocimiento y escritura*. Al reconocerse como escritor, Saco —y el resto de su grupo— sabe que su oficio consiste en ser manipulador/manipulado de la sustancia del poder. Es esta madurez intelectual, única en la América Latina de esos años, lo que hace al grupo fundar su estrategia reformista no en la acción política, sino en una forma de resistencia organizada que no encuentro mejor modo de llamar que la Conspiración del Texto.

En cualquier caso, el propósito de Saco de entablar un debate sobre la trata de esclavos a partir de sus comentarios a *Notices of Brazil*, fue plenamente logrado. El artículo, como era de esperar, cayó como una bomba entre los prestamistas españoles y la oligarquía plantadora. En los medios conservadores habaneros se comenzó a hablar del «conspirador» y «abolicionista» José Antonio Saco. Sin embargo, la fase más violenta del debate no habría de ocurrir hasta dos años después. Por esa época las invectivas contra Saco también se dirigían a la *Revista*, acusándola de propagar ideas subversivas.

A los efectos de respaldar la alta opinión que Ticknor tenía de la *Revista*, debo decir que ésta publicó trabajos de crítica literaria, discursos, traducciones, poemas, y artículos sobre educación, gramática, lingüística, geografía e ingeniería civil. En su sección «Noticias y variedades científicas y literarias», se publicaron las obras premiadas por la Sociedad Económica de Amigos del País, notas bibliográficas sobre libros, actividades de bibliotecas extranjeras y, en general, los acontecimientos culturales más sobresalientes en el ámbito nacional y en el extranjero, así como trabajos científicos. Además de Saco, colaboraron en ella Varela, Del Monte, Luz y Caballero, Felipe Poey, José Antonio Echeverría, Blas Osés, Joaquín Santos Suárez y otros.

#### LA ACADEMIA CUBANA DE LITERATURA

Al morir Fernando VII en 1833, el grupo reformista le había escrito a María Cristina, la reina regente, pidiéndole autorización para constituirse en una Academia Cubana de Literatura, independiente de la Sociedad Económica de Amigos del País, controlada entonces por intereses conservadores. El

plan era claro: buscar autonomía y prestigio fuera de la Sociedad con objeto de poder desplegar con éxito una campaña contra los tratantes de esclavos. Sorprendentemente, la Corona accedió a la petición, y la Academia, con su órgano de prensa, se puso en funciones en marzo de 1834.

No obstante, la flamante Academia fue combatida enseguida por Juan Bernardo O’Gavan, el director de la Sociedad Económica de Amigos del País. Su argumento era que se había desconocido el parecer de la Sociedad al escribirle directamente a la Reina. El debate se hizo público al aparecer en la prensa habanera los juicios apasionados de O’Gavan y de los defensores de la Academia. Con motivo de la polémica, el general Ricafort, gobernador y capitán general de Cuba, dictó una orden prohibiendo que artículos de una y otra parte aparecieran en la prensa, «para no dividir las opiniones, con lo cual se comprometerían objetos muy sagrados»<sup>13</sup>. Cuando O’Gavan y la facción conservadora celebraban su éxito al sustraer la polémica de la opinión pública, irrumpió en la escena un folleto de Saco titulado *Justa defensa de la Academia de Literatura contra los violentos ataques que se le han dado en el Diario de La Habana, desde el 12 hasta el 23 de abril del presente*. El folleto daba como lugar de publicación la ciudad de Nueva Orleans, pero en realidad había sido impreso en Matanzas. En esa coyuntura llegó el general Miguel Tacón, el nuevo gobernador, quien de inmediato fue solicitado por el conde de Villanueva, superintendente de Hacienda e influyente portavoz de la oligarquía plantadora, para que tomara medidas drásticas contra Saco. En efecto, pocos días después éste recibía una orden de Tacón desterrándolo al enclave azucarero de Trinidad, lo cual casi equivalía a una prisión. Saco logró ver a Tacón, pero el general se mostró irrevocable argumentando que sus escritos habían ofendido gravemente a O’Gavan y ejercían mucha influencia sobre la juventud habanera. Alarmado por el giro que tomaban las cosas, el grupo de intelectuales determinó que Luz y Caballero redactara una *Representación* en defensa de Saco. El texto, que fue firmado por Saco, puede verse como un manifiesto que define ideológicamente al grupo: «Todo joven ilustrado de nuestro tiempo es forzosamente liberal. Por consiguiente lo soy yo; más nunca he sido indiscreto ni en mis palabras ni en mis obras, ni jamás he entendido por *liberalismo* sino el sinónimo de *ilustración*»<sup>14</sup>.

El documento fue inútil, pero gracias a los oficios de Arango, el general Tacón revocó su orden inicial y permitió que Saco marchara a Inglaterra en septiembre de 1834.

Esta confrontación, tras la cual la Academia Cubana de Literatura fue disuelta, la *Revista Bimestre Cubana* clausurada, y Saco enviado al exilio, marca el primer intento organizado de los intelectuales cubanos para constituir un foco de resistencia frente al poder de la máquina azucarera-esclavista. A los propósitos del discurso de resistencia, los textos que deben ser considerados son: la masa de escritos publicados en la *Revista*, aquellos que se relacionan con la fundación de la Academia, el folleto de Saco, y la *Representación* de Luz y Caballero. Nótese que Tacón, en tanto que suprema autoridad política,

actuó como protector de los intereses esclavistas. Durante la época colonial, este camino habrían de seguirlo otros gobernadores y capitanes generales, en particular Leopoldo O'Donnell, como se verá más adelante.

Para terminar, quisiera señalar que la etapa de formación de discursos tiene crucial importancia porque tiende a repetirse —cada repetición diferente— a lo largo del tiempo. Así, textos escritos en el presente pueden parecer como *previstos* en el pasado. En el caso de Cuba —como dije—, mientras no cambien radicalmente las bases despóticas y racistas sobre las que se construyó la gran máquina azucarera, el gobierno logrará sofocar cualquier resistencia a su poder, aunque nunca de manera definitiva puesto que los focos de resistencia siempre habrán de resurgir.

En lo que toca a textos de resistencia literaria escritos en Cuba durante el siglo XIX, habría que destacar las obras producidas dentro del círculo de Domingo del Monte entre 1837 y 1844, período que termina con la brutal represión de la Conspiración de la Escalera, así como la poesía y diarios de campaña producidos durante la lucha independentista, período que concluye con la ocupación militar norteamericana en 1898. En la Cuba republicana son importantes los textos que corresponden al período 1923-1930, que se abre con el Grupo Minorista, la revista *Social* y el despegue del *afrocubanismo* artístico, y se cierra con la *Revista de Avance* y la prisión de su director, Juan Marinello, y la represión de los estudiantes de la Universidad de La Habana desatada por el gobierno del general Gerardo Machado. Más adelante, es significativo el período que comienza con la Constitución de 1940 y concluye en 1952 con el golpe de Estado de Fulgencio Batista, seguido por la suspensión de las garantías constitucionales, la prohibición de las huelgas y un clima de brutal represión y censura de prensa. En la Cuba socialista, merecen particular atención las obras literarias del período 1959-1971, que se abre con el semanario *Lunes de Revolución* y termina con el represivo Congreso de Educación y Cultura y la prisión del poeta Heberto Padilla. Durante el llamado «Período Especial», tiene importancia la etapa que comienza en 1995 con la creciente actividad de la prensa independiente, hasta su liquidación en 2003, fecha en que son encarceladas varias docenas de periodistas y escritores, entre ellos el poeta Raúl Rivero.

No obstante, debo reconocer que esta periodización sobre la base de ciclos no deja de ser arbitraria —como ocurre con todas las periodizaciones—. Si, además del discurso literario, tomáramos otros discursos de resistencia —digamos los que actúan dentro de las esferas de la política, la economía, la cultura en general, la religión, los derechos ciudadanos, las luchas campesinas y obreras, y los movimientos sociales en contra de la discriminación del negro y la mujer, entre otros— obtendríamos un conjunto de líneas superpuestas, cada una con sus altas y bajas, imposibles de encerrar en ciclos coherentes. Por último, habría que tener en cuenta que la censura oficial y el exilio político, desde los tiempos coloniales hasta la actualidad, han sido prácticas casi continuas en la historia de Cuba. Ambas han contribuido a la existencia de una enorme cantidad de libros, folletos, publicaciones periódicas,

documentos, cartas y otras letras de resistencia al poder dadas a conocer en el extranjero. El hecho de que los artículos de Varela, los poemas de Heredia, la *Historia de la esclavitud* de Saco, la *Cecilia Valdés* de Villaverde, la obra de José Martí, y una gran parte de la literatura moderna y contemporánea se encuentre entre ellas, nos hace desear una Biblioteca Democrática que recoja lo que todos los discursos de resistencia han producido dentro y fuera de Cuba.

- 1** Arango y Parreño, Francisco de; «Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla.» *Obras*, vol. I, M. Galiano, Madrid, 1862, pp. 63, 73, 88.
- 2** Moreno Fraginalls, Manuel; *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*, 3 vols. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, vol. 1, pp. 21-2.
- 3** Mintz, Sidney W; *Sweetness and Power*; Viking Penguin, New York, 1985, pp. 151-86.
- 4** Benítez-Rojo, Antonio; *The Repeating Island: The Caribbean and the Postmodern Perspective*; Duke University Press, Durham/London, 1992. pp. 112-21.
- 5** Moreno Fraginalls; *ob. cit.*, vol. I, p. 147.
- 6** Díaz, María Elena; *The Virgin, the King and the Royal Slaves of El Cobre: Negotiating Freedom in Colonial Cuba, 1670-1780*; Standford University Press, Standford, CA, 2000, pp. 9-28.
- 7** Marrero, Leví. *Los ingenios de Cuba*. Edición de Leví Marrero. Madrid: Gráficas M. Pareja, 1984. p. 42.
- 8** Thomas, Hugh; *Cuba: The Pursuit of Freedom*; Harper and Row, New York, 1971. p. 262.
- 9** Ortiz, Fernando; *Contra la anexión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 32.
- 10** Marrero, Leví; *Cuba: Economía y Sociedad*, vol. 16. Editorial Playor, Madrid, 1992, vol. 16, p. 71.
- 11** Íd., p. 74.
- 12** Torres Cuevas, Eduardo y Soregui, Arturo; *José Antonio Saco, acerca de la esclavitud y su historia*. Edición de Eduardo Torres Cuevas y Arturo Soregui; Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, pp. 202, 204-05.
- 13** Saco, José Antonio; *Colección de papeles sobre la isla de Cuba*, D'Aubuson, París, 1859, vol. 3, p. 22.
- 14** Íd., p. 64.